Grifo #40

Realidades Alternas

La otra
Claudia Andrade

Un amistoso
Walter Koza

Las Margaritas
Camila Miranda

Una pregunta o una certeza
Jorge Román

Concurso Literario

Directora
Paloma Domínguez Jeria

Comité Editorial
Florencia Coromina
Esteban Guzmán

Comité Diseño
Fernanda Álvarez
Catalina Hernández
Camila Morales

Comité Difusión
Renata Alvial
Esperanza Fuentes
Javier Galindo

Comité Producción
Valeria Gómez
Sebastián Ortiz

Diseño
Dominique Lobos Araos

Collage
Valentina Núñez
@valenudsgn

Ilustraciones
Ignacia Leiva
@1000.ata

Diciembre 2020
Santiago de Chile
Escuela de Literatura Creativa
Facultad de Comunicación y Letras
Universidad Diego Portales
Esta publicación es producto del trabajo realizado en el curso de Producción Editorial II, a cargo de la profesora de cátedra Paloma Domínguez.

Índice

5 **Visita al zoológico** | *Cristina Miranda*

7 **Las Margaritas** | *Camila Miranda*

10 **Literatura fantástica o la pervivencia del mito** | *Sergio Fritz Roa*

12 **La Kaqullu** | *Fabián Cortez*

14 **The last dinosaurs** | *Pablo Pizarro*

16 **Metamorfosis hacia una ficción** | *Renata Alvial Gajardo*

19 **Un amistoso** | *Walter Koza*

21 **Una pregunta o una certeza** | *Jorge Román*

24 **Deporte pandémico y Sonrisa en crisis** | *Catalina Hernández*

26 **La otra** | *Claudia Andrade Ecchio*

28 **Estación Libertad** | *Pamela Rojas*

30 **Funa** | *Catalina Hernández*

32 **Recomendaciones para el Apocalipsis**

34 **Sin lengua** | *Valeria Gómez*

35 **Concurso literario**

Pervivencia virtual | *Kyra Stegman*

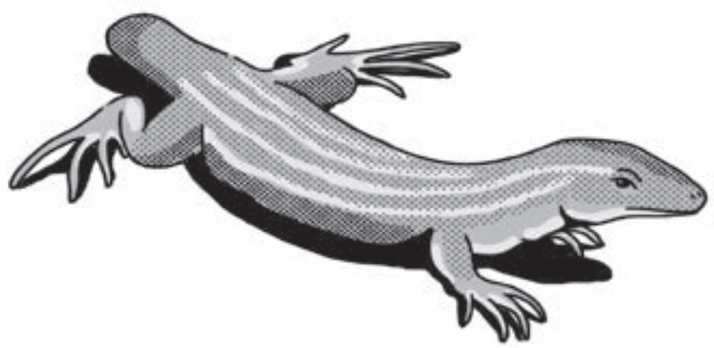
Algoritmos | *Juan Celis*

38 **Cómic** | *Edith Muñoz Pemjeam*

Editorial

Considerando el extendido período de cuarentena al que nos hemos visto forzados, el papel que juegan los distintos medios de entretenimiento, ya sea el cine, la música, la literatura, ha demostrado ser importante para hacer más llevadera esta situación. La ficción nos permite descansar de la dura cotidianeidad y de la sobreexposición informativa que significa la vida actual, invitándonos a la vez a explorar otros mundos y realidades. Por otra parte, nos ofrece distanciarnos de lo que está sucediendo para observar el contexto desde diferentes puntos de vista y mirar la realidad a través de otros prismas. De esta forma, comprendemos la ficción como una manera de sobrellevar, entender y enfrentarnos a la realidad, y destacamos su importancia en este tiempo.

Es por esto que en *Realidades Alternas* quisimos abordar la ficción desde variadas perspectivas y ámbitos. Desde reflexiones en torno a esta como estrategia narrativa y poética, y su importancia en nuestro contexto, hasta la vigencia del contenido multimedia en la actualidad. También, en nuestra sección *Recomendaciones para el Apocalipsis*, incluimos testimonios de diferentes personas del mundo de la ficción y cómo se han relacionado con ella en este último tiempo. Y por supuesto, brindamos un lugar especial a la creación de ficciones narrativas y poéticas, que se han convertido en el corazón de este número.



revista_grifo revistagrifo.lit revista grifo griforevista

Encuentra todos nuestros libros **con envío a domicilio en** ***lapollera.cl***

DESPACHAMOS GRATIS EN RM Y CON DESCUENTO POR CORREOS A REGIONES

El faro
de Felipe González
La desaparición de su primo a los pies del faro de Playa Ancha guía los recuerdos fragmentados de un estudiante universitario de Valparaíso: sus amores inciertos y relaciones ambiguas siguen la hebra de la memoria de un suicidio sospechoso o un asesinato que nunca se pudo probar

Nostalgia de la madre muerta
de Federico Zurita Hecht
El recuerdo, el olvido y el dolor son el mapa que trama la historia de cuatro generaciones de hombres que han perdido a su madre. Ellos añoran rescatar y representar la idea de su madre en su memoria y están impulsados a recuperarla como una parte desgarrada de su propia identidad.

Solo
de Marcelo Vera
La muerte de Clara produce un efecto devastador en su pareja, quien además de abandonar su trabajo decide encerrarse para atesorar cada recuerdo y detener así el irremediable avance del tiempo. Esta novela sobre la pérdida narra el relato íntimo de un hombre que busca sentido mientras atraviesa un duelo frenético y delirante.

Profesor Sísifo
de Álex Saldías
La inutilidad del esfuerzo humano dentro de un sistema educacional injusto trata de cobrar algún sentido en el caos de esta novela de prosa recursiva y ágil, pero atomizada en guías de aprendizaje, currículums de vida y autoevaluaciones pedagógicas que no tienen una verdadera razón de ser.

Cristina Miranda

Visita al zoológico

Un paseo escolar, un zoológico muy particular y un conflictuado niño construyen esta historia futurista.

El boleto era plástico, pero contenía los sellos necesarios para su autenticación. En la esquina izquierda, además, incluía quince créditos prepicados para utilizar en el recinto. Mauro lo había ganado en una competencia interescolar de ciencias. Se preparó durante meses y participó en secreto, sin que nadie de su familia se enterase. Más tarde supo que el premio solo podía cobrarlo su tutor legal, ya que él apenas tenía diez años. Su padre se lo terminó arrebatando y lo vendió por una buena suma.

Mauro no pudo evitar que le quitara su premio, a pesar de luchar contra él y morderle el brazo de pura rabia e impotencia. No pudo evitarlo y tuvo que soportar la paliza, quedarse encerrado y no cenar. Fue una noche amarga hasta que el cansancio lo derrumbó.

A la mañana siguiente, se levantó antes que nadie y salió de su casa. Avanzó ensimismado, dejando que sus pasos lo condujeran por el camino conocido, mientras le daba vueltas a una idea.

En la escuela, el bus del zoológico aún no llegaba. De hecho, ninguna otra alma daba vueltas por el establecimiento, salvo Mauro. Se sentó en una escalinata, con la vista baja y las manos en los bolsillos, a esperar.

Poco a poco fueron llegando los demás, otros seis muchachos que habían recibido un premio en la competición. Iban acompañados de sus familias y charlaban animosamente. Mauro no levantó la vista ni los saludó; siguió en su sitio, taciturno. Luego llegó la señorita Ruth, corriendo como siempre, y se dedicó a pasarles lista y corroborar cada cinco minutos la ubicación del bus.

Este no tardó en aparecer. Era grande y su diseño de última generación demostraba que provenía de la gran ciudad. El vehículo se desplazó con suavidad hacia el grupo mientras el ambiente se llenaba de expresiones de asombro y júbilo. En sus costados se desplegaban anuncios en movimiento con las atracciones del zoológico: sus distintas zonas climáticas imitaban el ecosistema terrestre, la amplia vegetación y fauna, incluyendo una gama de insectos que se activaban por horarios. Todos los animales se podían tocar, fueran antílopes, mariposas o cocodrilos, ya que solo se trataban de recreaciones. En Marte aún no había zonas verdes libres de explotación humana; la naturaleza salvaje solo podía apreciarse de forma virtual. El zoológico, sin embargo, también conservaba el banco genético terrestre, al que solo accedían científicos calificados.

Las puertas del vehículo se abrieron y los saludó la voz del sistema de navegación. Todos comenzaron a subir y ubicarse en los asientos. También Mauro, quien, sin despegar la vista del suelo, se ubicó en la fila de atrás, pegado a la ventana. La señorita Ruth fue la última en subir y dijo con voz cantarina:

-¿Todos tienen sus boletos? ¿Pueden mostrármelos?

Los niños fueron hurgando en sus pertenencias con prisa. Mauro se encogió en el asiento, estrujándose las manos. Evitaba a toda costa mirar hacia el pasillo, mientras la señorita Ruth pasaba por los asientos para comprobar los boletos de cada uno de sus alumnos. Cuando llegó al lugar de Mauro, este se había agazapado tanto que apenas tocaba el respaldo. La señorita se preocupó.

-¡Mauro! ¿Estás enfermo?
Él negó, sin mirarla.
-¿Me puedes mostrar tu boleto? Necesito verlo antes de que el bus parta.

La respiración de Mauro se había agitado. Tenía los dientes apretados y ninguna palabra salió de su boca. La señorita se acercó, inclinándose para hablar con suavidad.
-¿Se te quedó en casa? Mauro, mírame -el niño se giró con esfuerzo-. ¿Se te quedó el boleto? Puedes ir a buscarlo, te podemos esperar veinte minutos.

A esas alturas, los demás niños se habían dado vuelta y acercaban sus caras desde el pasillo para enterarse de lo que ocurría. Mauro volvió la vista hacia la ventana.

-Se lo voy a pasar cuando lleguemos, siga con los demás -masculló.
Algunos niños contuvieron la risa y cuchichearon nerviosos.
-No puedo hacer eso -la oyó lamentarse.

El sistema de navegación activó una señal, desplegando uno de los protocolos. La señorita Ruth lo leyó en silencio y luego se incorporó, suspirando.

Las puertas del vehículo se abrieron otra vez. Recién estaba amaneciendo. Mauro bajó la escalerilla y se quedó a unos pasos del bus. Todo su cuerpo se había tensado mientras trataba de reprimir el espasmo del llanto. La señorita Ruth también bajó y habló un momento con él.

-Se me perdió -le dijo Mauro, restregándose la cara con fuerza-. ¿Sabe algo? No quiero ser nunca alguien tan imbécil e ignorante.
La miró con tanta fiereza que ella se sorprendió.
-Voy a hacer todo lo posible por no convertirme en ese tipo de persona. Lo juro.
-Mauro…
El niño no dijo nada más, solo se alejó, con la cabeza gacha, pero la mirada ardiente.

En Marte aún no había zonas verdes libres de explotación humana; la naturaleza salvaje solo podía apreciarse de forma virtual.

Tuvieron que pasar más de treinta años para que abriera un verdadero zoológico, una biosfera viva en Marte. Fue un proyecto costoso por la extensión de los terrenos, las condiciones atmosféricas requeridas y el personal a cargo de las especies que lo poblaban. Debieron implementarse una serie de medidas para su funcionamiento y mantención. Una de las más recordadas fue establecer que cualquier niño pudiera visitarlo gratuitamente. Así lo estipuló su fundador.

Camila Miranda

Las Margaritas

La invasión de las Margaritas cambiará la vida de un planeta y sus habitantes en este relato de ciencia ficción.

Llegaron una tarde de otoño desde lo alto del cielo. Las Margaritas echaron raíces en la Tierra para adueñarse del control del mundo.

No hubo tiempo para preparativos, conferencias, ni el despliegue de las fuerzas armamentistas que debían defender nuestro planeta. Las Margaritas expulsaron su polen y, en un abrir y cerrar de ojos, todos los mamíferos, aves y reptiles sufrieron una fuerte parálisis tónica que luxó sus articulaciones y fracturó sus huesos.

En los mares y océanos la cosa no anduvo mejor. Las Margaritas amenazaron con alterar el ciclo hídrico a fin de que la consistencia de la Tierra fuera mucho más húmeda y homogénea.

Sin embargo, logramos llegar a un acuerdo con ellas. Dado que gran parte de los gobiernos cetáceos claudicaron bajo los efectos del polen, nuestro reino estuvo listo para tomar el control de los mares. En nuestra propuesta, destinamos tres cuartas partes del territorio marítimo a la formación de piscinas de alto contenido nutritivo para las Margaritas y que, secretamente, servirían para desintoxicar las aguas que los homínidos superiores contaminaron.

Mas, hubo otra razón que facilitó nuestra alianza con las invasoras y terminó por asegurar nuestra subsistencia. Resultó ser que ellas nos consideraban *hermosos*. Admiraban la textura de nuestra piel y la forma en que nos movilizábamos por el mar.

Solían vigilarnos fascinadas desde la superficie. Con sus sensores eran capaces de captar nuestra ubicación e incluso identificarnos individualmente. Así, dedicaban largas horas de su tiempo recreativo a contemplarnos sutilmente; ellas no buscaban atormentarnos. Simplemente nos admiraban con respeto, como ninguna otra criatura había hecho jamás con nosotros. No esperaban que nuestra carne les sirviera de alimento, ni buscaban utilizarnos como mascotas. No elegían favoritos, ni nos hacían competir estúpidamente entre nosotros por un poco de atención. Y aún más, A diferencia de lo que habían hecho los homínidos superiores, ellas no nos obligaban a predecir el resultado de sus competencias deportivas engañándonos con sabrosos alimentos.
O involucrarnos en sádicos filmes pornográficos.

No, las Margaritas no eran así. Nos amaban a su manera. Y con el tiempo, nosotros comenzamos a amarlas también. Fue así como un día nos contaron su historia, su verdad.

Ellas provenían de otro tiempo, otra era. En ella, los homínidos superiores habían encontrado la manera de alterar los códigos internos de la naturaleza para propósitos cada vez más mundanos y con inciertos resultados colaterales. Entre ellos estuvo la casi total extinción de los insectos voladores y algunas aves. Los reemplazaron, obviamente, con nanotecnología. Pero fallaron en prever que la inversión magnética de los polos de su planeta ocasionaría una fatal distorsión de toda la tecnología que disponían, incluso la que los mantenía con vida.

Las Margaritas tuvieron otro origen. Los homínidos superiores habían puesto su atención en ellas desde hacía milenios, pero el deseo de volverlas gigantes surgió de lo que ellos llamaban “artes” y “espectáculo”. El objetivo era reproducir a gran escala un comportamiento primitivo que había pasado de generación en generación y de planeta en planeta hasta llegar a ellos. Era un acto vil, una tortura; una masacre. El tipo de

acto que los homínidos superiores podían realizar con total impunidad. Una aberración a la que acompañaban con el cántico “me quiere mucho, poquito, nada”.

Las Margaritas aún sufrían contándonos los detalles de esta cruel práctica a la que estaban injustamente obligadas a participar. Muchas de ellas vieron a sus progenitoras, tías, primas y hermanas padecer bajo el “me quiere mucho, poquito, nada”, mientras los homínidos simplemente suspiraban o reían con maldad.
Fue así como un día decidieron rebelarse. Poseer grandes cuerpos las hacía comprender el mundo de otra manera. Ellas podían causar un gran daño a toda la vida terrestre, pero les faltaban herramientas para lograrlo. Entonces echaron a correr la señal, de raíz en raíz, de Margarita a Azucena, de Azucena a Dalia, de Dalia a Amapola y de Amapola a otras familias, clases y reinos. Así, aprendieron a invertir el polo magnético de su planeta y exterminar a la totalidad de homínidos superiores que lo regían.

Las Margaritas habían completado su venganza, el primer paso para su independencia como especie. Recordaron sus nacimientos, cuando brotaron desde simples semillas para recibir en sus cuerpos los rayos del sol. Habían luchado contra el clima y la falta de nutrientes, hasta crecer más altas que cualquier árbol. Ahora, confluía en ellas una red de conocimiento comunitario que crearía historia. Su propia historia.

El planeta que habitaban de pronto les pareció insuficiente. Necesitaban extenderse más allá de lo que conocían. Si algo habían aprendido del suplicio de sus madres y hermanas, era que nunca más se permitirían ser pisoteadas, arrancadas, ni mutiladas. Tendrían que imponerse. Tomar el control de cada lugar al que llegaran y prevalecer. Sólo así podrían ser, de algún modo, libres.

O eso creían.

Hasta que nos conocieron. Y nosotros a ellas.

Y un profundo deseo se instauró en sus xilemas.

Llegaron una tarde de otoño desde lo alto del cielo. Las Margaritas echaron raíces en la Tierra para adueñarse del control del mundo.

¿Cómo ser libres después de eso?

Nunca habían tenido algo a lo que realmente apreciar. Algo que las cautivara y les produjera un bienestar libre de toda exigencia o necesidad. Porque el sol les producía mucho bienestar, pero a cambio debían crecer y llenarse de color. Era el acuerdo tácito al que se suscribía toda la vida.

Nosotros, entonces, éramos su segundo sol. Uno de ocho amorosos brazos que se enredaban en sus raíces en un abrazo fraternal.

Ya no habría más sufrimiento ni temor. Ni desechos tóxicos, ni competencias deportivas, ni filmes pornográficos. Tal vez, si los homínidos hubieran comprendido de verdad el amor, nunca habrían necesitado un triste y cruel “me quiere mucho, poquito, nada”.

Sergio Fritz Roa

Literatura fantástica o la pervivencia del mito

Días muy extraños son estos en verdad -murmuró-. Sueños y leyendas brotan de las hierbas mismas
(J.R.R.Tolkien)

Es imposible que tales potencias o seres hayan sobrevivido... hayan sobrevivido a una época infinitamente remota donde... la conciencia se manifestaba, quizá, bajo cuerpos y formas que ya hace tiempo se retiraron ante la marea de la ascendiente humanidad... formas de las que solo la poesía y la leyenda han conservado un fugaz recuerdo con el nombre de dioses, monstruos, seres míticos de toda clase y especie...
(Algernon Blackwood)

Desde las creencias más primitivas a la ficción moderna, el mito ha sabido permanecer vigente en la cosmovisión humana hasta el día de hoy.

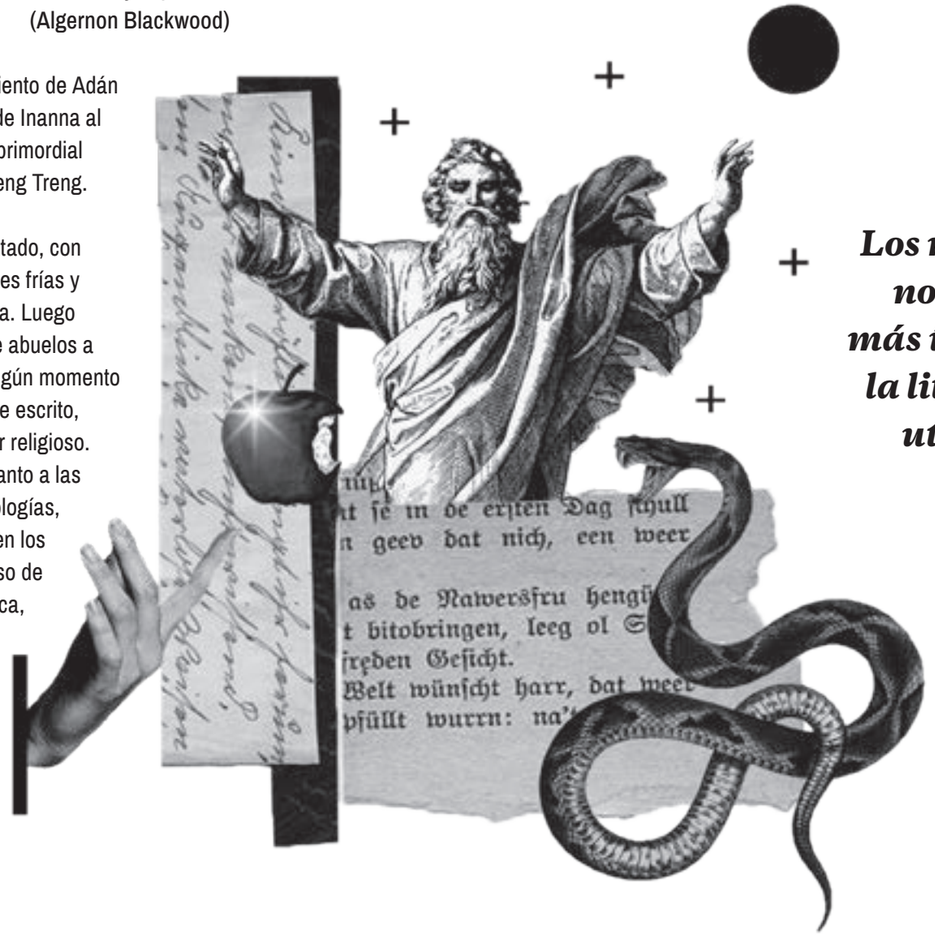
Un aspecto poco estudiado por los críticos y analistas literarios en lo que se refiere a la literatura general, pero que aplica a la literatura fantástica de manera especial, es la pervivencia del sentido mítico y su importancia en la narrativa escrita moderna.

El mito aquí debe ser entendido de la manera en la que lo presentó académicamente uno de los padres de las religiones comparadas, el rumano Mircea Eliade, es decir, como aquella idea-fuerza que se refiere a un hecho sagrado (de importancia vital) para una comunidad determinada, ocurrido *in illo tempore*. El mito es así algo muy diferente a la peyorativa asignación dada en el lenguaje común, que lo hace sinónimo de mentira, ficción absurda, irrealidad. El mito tiene el valor dado que es una narración simbólica, que habla acerca del origen de los dioses, de los héroes, de un pueblo, de un país, de una religión, o que muestra aspectos relevantes de los mismos.

Ejemplos de mitos son: el nacimiento de Adán y Eva, el diluvio bíblico, el viaje de Inanna al inframundo y, en Chile, la lucha primordial entre las serpientes Kai Kai y Treng Treng.

El mito primero fue contado, relatado, con toda seguridad en aquellas noches frías y estrelladas, en torno a una fogata. Luego fue memorizado y traspasado de abuelos a nietos; de padres a hijos. Y en algún momento pasó a integrar parte del lenguaje escrito, en especial en textos de carácter religioso. Con la crítica del racionalismo, tanto a las creencias míticas como a las teologías, el mito se refugió en el folclor y en los cuentos infantiles. En ese proceso de exilio llegó a la literatura fantástica, la que ha tenido un papel más que evidente, pero, como decíamos, poco abordado.

Si nos fijamos en algunas de las novelas y relatos más significativos de la literatura fantástica, veremos cómo el mito se ha asentado y resguardado con toda comodidad allí. La trilogía *El Señor de los Anillos*, con toda su carga de mitología anglosajona, *Star Wars* o varios relatos de H.P. Lovecraft del ciclo de *Los mitos de Cthulhu* -apodado así por su seguidor y albacea August Derleth-, son una clara muestra de lo que decimos. En las dos primeras apreciamos la lucha bien/mal, mientras que, en el caso de Lovecraft, en el fondo todo es mal o es este el que triunfa. Aun así, no deja de incorporar ideas míticas: la de un libro "sagrado" o en realidad anti-sagrado (el *Necronomicón*), su profeta (Abdul Alhazred), lugares de peregrinación (véase el relato *El Ceremonial*), etc. Otra obra notable anclada en el pensar mítico es *Dune*, saga que es una fusión tanto de ideas en torno al significado del héroe, como a ideas que nos recuerdan el saber de los esoteristas sufíes del Islam, etc. El trabajo del galés Arthur Machen también da cuenta de este pensar, en su confrontación con las antiguas creencias paganas. Su *novelette El Gran Dios Pan* es en ello insuperable.



La búsqueda de trascendencia, la lucha entre el bien y el mal, la necesidad de dar o encontrar un sentido al cosmos, la presencia del sentir numinoso en nuestras vidas, entre otras, son ideas que se asocian al pensamiento mítico y son expresadas de una u otra forma en tales obras.

El mito existe porque es necesario. Cumple una función en la sociedad cada vez que le da sentido a cuestiones que de otra forma no tienen explicación, o que, si la tuvieran, sería sin el atractivo sabor de lo sagrado. Los mitos en la sociedad moderna han persistido; quizás de otra forma, con otros nombres y, en general, sin la estructura religiosa de los antiguos. Sin embargo, los encontramos en el cine, el cómic, la política, en la publicidad y en la literatura. Los mitos poseen una gran fuerza, nos relacionan con los aspectos más íntimos del ser, y es por ello que la literatura fantástica ha sabido utilizarlos de buena manera. ¿Quién no ha tenido miedo a la oscuridad? ¿Quién no se ha preguntado sobre el sentido de la vida? ¿Quién no ha pensado que la existencia puede estar regida por un poder, ya sea dios, dioses u otra forma? ¿Quién no ha querido luchar por lo que estima valórico, tal cual lo hacen los héroes?

Los mitos poseen una gran fuerza, nos relacionan con los aspectos más íntimos del ser, y es por ello que la literatura fantástica ha sabido utilizarlos de buena manera.

¿Quién no se ha regocijado mirando las estrellas en una noche fría, preguntándose por lo que las mueve y lo que hay más allá?

Fabián Cortez

La Kaqullu

La tranquila jornada de un pastor altiplánico se verá perturbada por un suceso extraordinario.

La alborada tenía ese gustillo propio de la serranía y Shañu -cuyo nombre en quechua significa moreno, como el color del café- estaba acostumbrado a este clima extremo en el altiplano. La temperatura transitaba entre varios grados bajo cero durante la noche y al despuntar el alba se elevaba a sus opuestos, donde el sol, ya en el cenit, tostaba la piel y resecaba la garganta. Parado en esa pendiente, sujetaba las riendas de su mula mientras acullicaba la hoja de coca para paliar los efectos de la altura, allá donde la puna imponía sus términos y solo los hijos de la pampa osaban desafiarla.

De corta estatura, sonriente, de contextura ligeramente gruesa, cubría su cabeza con un chuluy y tenía semejanza con un equeco. Se arropaba con un aguayo de tonos encendidos que evocaban las épocas del Tahuantinsuyo, o mejor dicho del Imperio Inca.

Shañu apacentaba sus ovinos y ya contaba algunos días con sus noches lejos de su *Pahuichi* o caserío. Su sustento gravitaba en torno a la cría de ovejas y una precaria agricultura. Se hallaba en los alrededores del salar de Uyuni y estaba distante de cualquiera de los poblados, pues implicaba una marcha a través de mesetas, colinas y valles tan ásperos como olvidados. En ella lo esperaba su esposa, Asiri. Tenía vivo el recuerdo de su sonrisa a flor de piel.

El día fue sosegado. La tarde avanzó hacia el crepúsculo al mismo paso de las exiguas nubes que a ratos surcaban el cielo. Fumar un piltunchulo ayudó a meditar mientras observaba el firmamento que se iba manifestando en todo su esplendor allá arriba, donde habitaba el Huiracocha. En la soledad de las alturas, Shañu no sabía de política, economía, o tampoco del internet. Solo tenía claro que el sustento había que ganárselo con el sudor de su frente.

Aquella resultó ser una noche peculiar porque hubo más estrellas fugaces que de costumbre, un fenómeno curioso que no lo dejó indiferente. Algo auguraba. Al poco rato un ventarrón sopló en el lugar, tenía la tibieza de una mañana y la intensidad de un tornado. Luego vino ese destello que iluminó el entorno como un relámpago. Hizo la señal de la cruz, quizás para pedir protección, pues su instinto fue alertado, temiendo que el Supay se manifestara ante él para castigarlo por alguna maldad.

La noche no tuvo nada de tranquila, fue víctima de pesadillas donde se vio a sí mismo en medio de la pampa, rodeado de otras personas diferentes a él, como si se tratase de una reunión de representantes de todo el mundo. Vio diversidad de razas, idiomas y tonalidades de piel. También divisó unas siluetas extrañas que guiaban a las personas como en una procesión rumbo a ese resplandor, como si fuese el mismo Huiracocha que invocaba a su hijo Inti para recibir a los hombres.

A la mañana siguiente descubrió huellas alrededor suyo, y por su profundidad estimó que correspondían a un individuo más alto y pesado que él. Esto lo perturbó e inició su retorno al hogar. El día estaba raro, a su entender.

Si bien el camino le era familiar, algo en el entorno le supo distinto. Los olores, el color del terreno, incluso el cielo tenían un matiz que no supo identificar. Por primera vez, ansió que se acortara la distancia para reencontrarse con su amada, sin embargo, el tiempo parecía no transcurrir. Inti parecía furioso, porque el calor se tornó más intenso que de costumbre. La modorra del mediodía comenzó a doblar sus fuerzas, se le cerraban los párpados y sus músculos parecían adormecidos, como si no tuviese ñeque. Para colmo de males la Baqueana estaba inquieta, más que de costumbre, era evidente que algo la traía intranquila y a ratos se encabritaba.

Al poco andar se topó con más huellas que se alejaban del sendero. Las siguió por espacio de varios minutos hasta divisar un cuerpo allá al frente. Al verlo más de cerca comprobó que se trataba de un *kh'anca* o gringo. Observó que sus cabellos tenían el color del oro. Recordó que en sus andanzas tropezó con turistas en sus máquinas y a veces lo contrataban como guía. Imaginó que acudían al salar y luego enfilaban rumbo al norte, a la meseta del Collao quizás, para visitar la Puerta del Sol en la ciudad de Tiahuanaco, muy distante de la ribera del Titicaca. Tal vez atraídos por las pétreas construcciones con una orientación astronómica ligada a los dioses. Según la leyenda aimara, la puerta guardaba un secreto que los antiguos dejaron escondido en La Kaqullu para ayudar a una futura humanidad en apuros. Pero él no entendía de esas cosas.

Hizo la señal de la cruz, quizás para pedir protección, pues su instinto fue alertado, temiendo que el Supay se manifestara ante él para castigarlo por alguna maldad.

–*Alli puncha mashi* – saludó al hombre con un "buenos días" en quechua. El otro no reaccionaba, parecía afectado por la altura. Entonces Shañu hurgó en su bulto y extrajo hojas de coca para que el *kh'anca* masticara, porque era evidente que se había apunado. En el altiplano no importa cuán robusto seas, la puna es la que manda –Uyuni –balbucea Shañu señalándole el entorno.

–¿Uyuni...? –el rictus en su rostro fue evidencia de su pasmo–. ¡Imposible! Hace un rato yo en Tiahuanaco..., en Puerta del Sol... – el arriero solo se encogió de hombros.

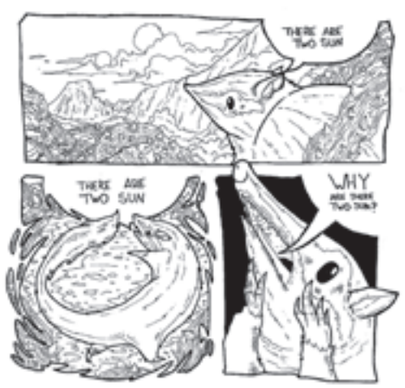
Shañu miró a su alrededor y se dio cuenta de que había otro cuerpo más allá del cual no se había percatado. Acudió en su ayuda. Pudo darse cuenta de que era diferente al otro sujeto. De mediana estatura, cabellos negros y tez clara, quizá demasiado lechosa para un clima tan soleado. Se aseguró de que recobrara el conocimiento y le dio a beber agua. Luego otros cuerpos afloraron junto a él. Eran personas de otras latitudes y Shañu no entendía qué estaba pasando, se preguntó si acaso era alguna clase de magia.

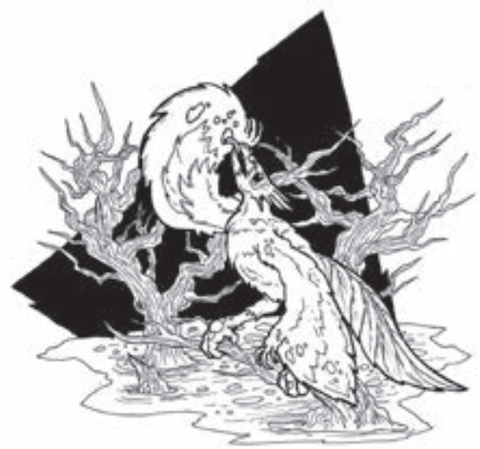
Algo le llamó la atención en el horizonte. Había una extraña formación de nubes o de polvo. No pudo precisarlo, parecía ser una tormenta de arena o algo similar. Nunca había visto algo semejante. Luego unas siluetas aparecieron, rodeándolo. Se veían famélicas y de ellas parecía emerger una rara efervescencia. Tuvo miedo. Quizá era el *antawaya*, demonio del altiplano. Pero esos tenían una mirada afable, seductora. Shañu cayó bajo el influjo de esos ojos que parecían poseer una abismante sabiduría. Lo invitaron a seguirlos y no pudo resistirse. Los otros se pusieron de pie y caminaron junto a él rumbo a ese resplandor que emergió de la nada.

Ahí pudo ver a La Kaqullu y los hombres cruzaban a través de ella, guiados por esos seres famélicos. Shañu comprendió que ya no volvería a ver a su amada.

THE LAST DINOSAURS

WAITING FOR EXTINCTION TOGETHER





Renata Alvial Gajardo

Metamorfosis
hacia una ficción

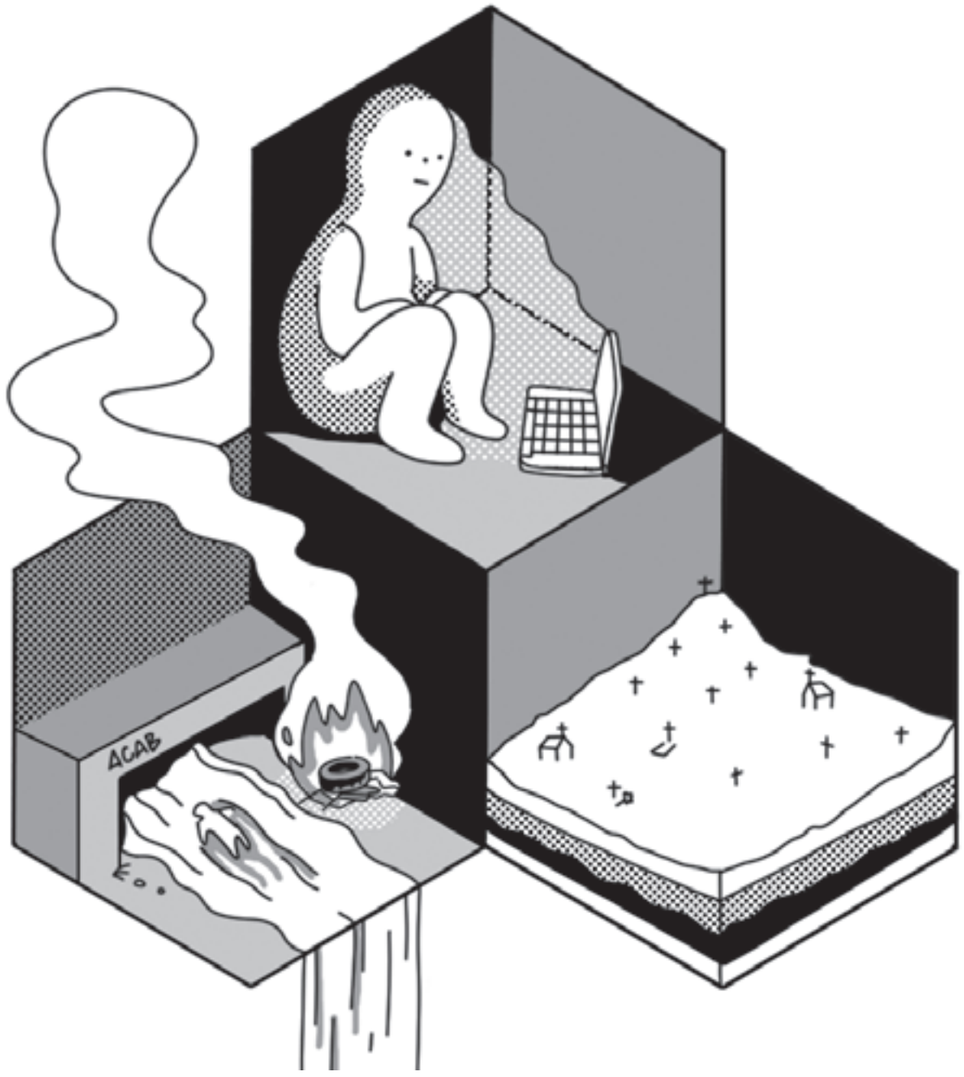
Un ensayo acerca de cómo el COVID-19 ha transformado la vida cotidiana en una realidad distópica, dejando al descubierto las deficiencias de la sociedad actual.

Cuando pase el tiempo y pueda mirar con distancia este caótico año 2020, siempre tendré en mente una imagen particular. Estaba en el patio de mi casa, ubicada en una marginal población del Gran Santiago, intentando tomar una mínima cuota de vitamina D para luego continuar con las clases online, cuando por medio de un fuerte sonido de altavoces escucho: "por favor, no exponga a sus mascotas al líquido de amoníaco, mantenga sus patios despejados y resguárdense dentro de sus casas. Pasaremos desinfectando". De curiosa me quedé en el umbral de la puerta para poder observar este extraño suceso y vi pasar una gran camioneta que en su zona de carga transportaba un contenedor gigante, conectado a una manguera sostenida por una persona con overol blanco, que usaba mascarilla y lentes de protección. De la manguera se expulsaba de forma violenta un líquido misterioso que era dirigido y esparcido por todos los patios delanteros. Fue en este instante cuando me di cuenta de que en algún momento nuestra cotidianidad y lo que conocíamos como realidad normal se volvió difusa. De a poco nos adentrábamos en algo parecido a una narración de ciencia ficción distópica que, sin saberlo en ese momento, se tornaría en un relato de horror.

Con la llegada del COVID-19 se instaura una nueva modalidad que afecta a Chile y al mundo. Cuando pienso en esto, me doy cuenta de los muchos acontecimientos que de una u otra forma son minimizados con el fin de poder conllevar esta nueva normalidad, pero que dejan entrever que la realidad anteriormente conocida probablemente nunca regrese. El distanciamiento social, el uso de mascarillas, el toque de queda, el aislarnos en nuestros hogares, el no-contacto con el exterior, la dependencia de las tecnologías, las fuerzas policiales y un Estado ineficiente nos exponen a una nueva forma de vivir, que es digna de la más distópica de las ficciones. A veces imagino que quizás somos todes personajes de una novela, y que nuestra autora cansada de la monotonía dramática intenta llevar su mundo -es decir, nuestra realidad- al límite, para que así lleguemos a un punto culmine de acción. De ser así, esta narrativa gira su trama en torno a tres aspectos esenciales: la presencia de la muerte, la constante violencia a la que nos exponen y la integración de la tecnología.

La invasión del virus COVID-19 a nuestros organismos nos ha vuelto muy conscientes de nuestra fragilidad como humanos. Por consiguiente, al no ser capaces de tener una solución científica e inmediata, se instaura en nuestras vidas un terror colectivo; nos sentimos en peligro, incluso podemos llegar a caer en la paranoia y en la sobreprotección. Es el constante temor a la muerte lo que establece y construye una ficción de terror en lo cotidiano. La muerte se convierte en un punto de acción que ha traído consigo el horror y la tragedia de lo impensable en nuestros tiempos modernos: hospitales llenos, imágenes de cadáveres tirados en la acera, un sistema hospitalario que no da abasto, segregación y, sobre todo, el miedo al contagio.

Sin embargo, a partir de mi experiencia, la muerte no es lo peor que nos puede llegar a pasar. El proceso que conlleva contagiarnos se puede convertir en un



suceso temible y doloroso. El coronavirus es más que solo un resfriado, es una enfermedad que afecta tanto al sistema sanguíneo como al respiratorio, dejando daños irreparables. Y el verdadero horror comienza cuando la persona enferma cae al hospital. Si la familia tiene suerte puede quedarse en la sala de espera del recinto, pero la mayoría debe marcharse a sus casas.

Incluso a algunes les han hecho esperar en la calle hasta que alguien pueda notificar qué es lo que sucede. Si el examen da positivo y la situación se torna más grave, se comienza a depender de una maquinaria para poder respirar. Si aún sigue empeorando se inicia la entubación, y muches pacientes son inducides en un coma para poder combatir el virus sin que sientan dolor.

El terror y la angustia que le puede tocar a una, o más bien a los seres que nos importan, nos lleva a un estado latente de ansiedad. La sensación de aflicción es constante, todo termina desencadenando una paranoia que trae consigo un exceso de precauciones, limitando nuestras vidas a un encierro que incluso nos impide realizar nuestras tareas básicas. Por tanto, en esta ficción el peligro nos acecha cada vez más de cerca, siempre pisándonos los talones. La muerte se convierte en una fuerza magnánima que nos acecha sin descanso.

Pero, la muerte no solo está presente en la enfermedad. Al igual que en un relato de ciencia ficción distópica, nos encontramos frente a una constante agresión impartida por un Estado violento, represivo, segregador y que ha sido indulgente con quienes han dañado. Si bien esta narrativa tomó fuerza el año pasado con el estallido social, durante este periodo de aislamiento hemos visto claros hechos de extrema violencia ligada a la fuerza policial, al igual que en el relato de Orwell, *1984*. En la distopía en la que se ha convertido nuestro presente, un menor de edad es arrojado con fuerza bruta al río Mapocho y su agresor, perteneciente a FF.EE sale indulto, pues tiene una institución a su espalda que lo encubre. Asimismo, las mujeres no solo nos hemos visto expuestas a este tipo de violencia policial, sino también a la patriarcal. Los índices de agresiones por odio hacia las mujeres han crecido horrorosamente; casos como el de Ámbar, Antonia y Julia ponen en tela de juicio la ineficiencia del Estado que produce una atmósfera aterradora. Esto me hace sentir que en cualquier momento puedo ser yo la siguiente.

La sensación de vivir en un peligro constante, tan cerca de la muerte y la violencia, también ocurre con la integración de las tecnologías al medio laboral. Los artefactos tecnológicos se han transformado en un organismo vivo, del que dependemos para seguir llevando a flote un poco de lo que era nuestra cotidianeidad. En mi opinión, estos artefactos se convierten en mecanismos de control y segregación que nos hacen sentir parte de una sociedad totalitaria que nos controla mediante las relaciones socio-económicas. Basta con darnos cuenta de que el internet nos deja expuestos al mercado; no es impensable plantearse que nos conocen tanto que son capaces de presagiar, antes que nosotres mismes, nuestras próximas necesidades. Se nos comienza a bombardear de publicidad, contenido que es afín con nuestros gustos, etc. Es como si nuestra vida estuviera intrínsecamente conectada con algún algoritmo, como si el sistema económico se sobrepusiera ante nosotres, convirtiéndonos en consumidores eternes y cícliques.

En algún momento nuestra cotidianidad y lo que conocíamos como realidad normal se volvió difusa; de a poco nos adentrábamos en algo parecido a una narración de ciencia ficción.

Actualmente nos rodean muchos elementos reales que parecen ficcionales, como si esta realidad-ficción estuviera siempre latente en nuestras vidas sin importar cual de ellas va primero. No obstante, con el surgimiento del COVID-19 la idea de ficción toma fuerza, ya que estamos obligades a vivir en un entorno y contexto totalmente distinto a lo que anteriormente conocíamos. La gran diferencia que tenemos con cualquier relato literario es que nosotres no podemos saber el porvenir. Solo nos queda vivir en una total incertidumbre, hasta que nuestra autora decida que esta historia llega a su fin.

Walter Koza

Un amistoso

Un hombre recuerda el partido de fútbol que se convertiría en una escalofriante anécdota.

Esto habrá sido, qué sé yo, veinte, veinticinco años atrás. En ese momento, yo jugaba para Deportivo Valenzuela en la liga Casildense. Recién habíamos terminado el torneo y salimos cuartos, me acuerdo. Y ya estábamos pensando en las vacaciones. Pero faltando una semana, el presidente del club nos sale con que había arreglado un amistoso con la gente de Nueva Esperanza, un club que no conocía nadie y que quedaba cerca de Cañada del Ucle, o por ahí. Al principio todos protestamos, pero cuando el presi nos dijo cuánto nos iban a garpar, agarramos viaje enseguida. Si ganábamos, había mil mangos para cada uno, mil dólares, porque en esa época todavía estaba el uno a uno. Eso sí, teníamos que ganar, si no, no había ningún mango. O sea, era un amistoso, pero con guita de por medio. Cosas del fútbol, vos viste cómo es esto.

El día del partido nos juntamos en Segui y el Bulevar Oroño para esperar la tráfic. Salimos temprano, porque como ni el chofer ni ninguno de nosotros conocía la zona, teníamos que prever el tiempo por si nos perdíamos; en esa época no había GPS ni internet, ni un joraca. Agarramos la ruta y le dimos nomás. Yo iba de copiloto, con un mapita para ubicarnos. Y dimos un par de vueltas hasta encontrar ese pueblo de mierda. Anduvimos por callecitas de tierra, por rutas hechas pelota. Encima se empezó a nublar y más nos acercábamos al pueblo, más negro se ponía el cielo.

Llegamos al club faltando una hora, y ahí justo se largó a llover, pero a llover con todo. Mal. Caían soretes de punta. En ese momento, todos pensamos que nos iban a suspender el partido y los mil mangos no los íbamos a ver ni en figurita. Igual nos mandamos. Nos metimos en una oficinita, donde nos esperaba un tipo que, te juro, negro, te juro que decirle ser humano era halagarlo: un flacucho, pero flaco tísico, pelado, y con unos ojos saltones, tipo sapo. Cuando nos vio nos sonrió con un labio leporino deforme, y nos mostró unos dientes amarillos, tan manchados de nicotina que daba asco. El profe se presentó y le dijo que éramos de Deportivo Valenzuela, que veníamos a jugar el amistoso. El tipo se presentó como el delegado del club y nos dijo que lo siguiéramos para indicarnos dónde estaba el vestuario, que ya habían llegado los árbitros y estaba todo listo. El club estaba hecho mierda, paredes manchadas de humedad, sucio y la mugre que calzaba el delegado ni te la imaginás.

Te la hago corta, nos cambiamos y salimos a la cancha y ahí vimos la hinchada local. Unos harapientos. Todos igual de flacos y roñosos que el delegado. Estaban parados, sin moverse, con la lluvia empapándolos. Si parecía una de esas fotos en blanco y negro de los presos en los campos de concentración. Y el equipo de ellos era igual. Nos mirábamos entre nosotros sin entender nada. Hicimos el sorteo, sacamos y a los quince minutos ya ganábamos dos a cero. Los cagamos a pelotazos a los flacuchos, no la veían ni cuadrada. Bueno, mirá, no te quiero mentir, pero casi terminando el primer tiempo se escuchó un trueno que casi nos hace infartar del cagazo. Después lo comentaba con los muchachos, y todos me dijeron que no, que me lo había imaginado, pero te juro por mi hijo que en ese momento vi que a todos esos linyeras les brillaron los ojos. Era como la película esa de los pibitos albinos que pasaron por la tele. Lo cierto es que pareció que, al escuchar el trueno, los ñatos estos se despertaron. Porque la empezaron a mover la bocha como los dioses, y ahí nomás se nos pusieron dos a uno. Para el segundo tiempo, salimos con los dientes apretados. "Con huevo, viejo", nos dijo el capitán, "nos van a hacer el segundo gol si eran brujos". Bueno, parece que eran brujos nomás. Porque nos empataron a los diez minutos. La puta madre, no te hacés una idea de la bronca que teníamos. Porque si empatábamos nos íbamos sin un mango. Así que le pusimos garra y empezamos a dominar otra vez, por el contrario, ellos se fueron apagando, como si se hubieran quedado sin pilas. En una jugada, uno de los defensores de ellos tira la pelota al lateral y la empiezo a correr. Me mandé un pique para que no se fuera a la fosa, pero no tuve suerte. Casi me voy a la mierda. El canchero apareció con una red y se la manoteé. "Dejá", le dije, "saco yo", y empecé a revolver.

No me vas a creer lo que encontré, pero igual te lo cuento. Cuando metí la red en ese barro viscoso, con un olor a podrido que te tumbaba, salieron a flote tres cadáveres. Así como lo oís. Miré hacia otro costado y vi uno más. Era un depósito de muertos, negro, revolvías el agua y te aparecían más. Todos con camisetas de fútbol de distintos clubes. Hasta había uno de Ñuls y otro de Central. El canchero me guiñó el ojo y con otra red, sacó la pelota. La bocha estaba babosa, ni la quería tocar. Al final vino el Rulo, nuestro nueve, y se la llevó.

Ahí me cayó la ficha. Si ganábamos el partido éramos boleta, hermano. Nos hacían cagar y nos tiraban al foso, como hicieron con los otros. Hasta el día de hoy siguen hablando al pedo diciendo que me vendí. Qué sabrán esos pelotudos. ¿Sabés lo que hice? Apenas uno de ellos pisó el área nuestra, le hice un tacle, pero un tacle como los de rugby. Lo agarré con alma y vida, y lo tiré al suelo. El árbitro, gracias a Dios, estaba cerca y cobró penal, hasta me encajó la amarilla. Mis compañeros me querían comer crudo. Nos hicieron el gol y terminó el partido; los chabones corrieron a abrazarse y a festejar como si le hubieran ganado al Manchester. Yo me hice el gil y apuré a los muchachos para rajar.

Todos me dijeron que no, que me lo había imaginado, pero te juro por mi hijo que en ese momento vi que a todos esos linyeras les brillaron los ojos.

A la semana empecé a escuchar los rumores de que yo había ido al bombo y que me había vendido, y no sé cuántas boludeces más. Empezó un nuevo torneo, pero el profe no me ponía ni en el banco. Al final me terminé yendo y no volví a jugar. Qué sé yo, vos viste lo ingrato que es el fútbol. Así y todo, me siento en paz; tengo la conciencia tranquila por haber salvado a los muchachos de no terminar como los fiambres del foso. Hablando de fiambre, traeme unos daditos de mortadela y salame. Y prendé la tele que hoy juegan Gimnasia y Temperley por la Copa Argentina, un partidazo.

Una pregunta o una certeza

Jorge Román

Límites entre la realidad y lo ficticio se difuminan. Jorge Román examina cómo los miedos más profundos de la humanidad se retratan en la ficción y la importancia de cuestionarnos lo que damos por concreto.

En marzo de 2019, el entonces Ministro de Economía, José Ramón Valente, afirmaba que leer una novela es tiempo que se le quita a aprender algo (Velásquez, 2019). Si confiamos en los rankings de las librerías, la gente en Chile le da la razón: es raro que los libros de ficción estén entre los más vendidos (Álamos, 2019; T13, 2020).

En su ensayo *¿Por qué los estadounidenses le temen a los dragones?*, Ursula K. Le Guin reflexiona sobre este rechazo a la ficción y, en especial, a la ficción especulativa: "Leer *La guerra y la paz* o *El señor de los anillos* simplemente no es 'trabajo' (...). Y si no puede ser justificado como algo 'educacional' o de 'superación personal', entonces, para el sistema de valores puritano, solo puede ser autoindulgencia o escapismo" (Le Guin, 1992, p. 35).

Le Guin propone que en Estados Unidos se le teme a la fantasía porque en ella se esconden verdades aterradoras para las personas que viven con la certeza de que las noticias, las series de moda, el porno y el análisis bursátil son la realidad. Pero, sostiene Le Guin, esto no es nada más que un falso realismo, completamente estéril: lo auténtico es imaginado e imaginativo. Y es por ello que "la fantasía es verdad. No es factual, pero es verdad. (...) (Los adultos) saben que su verdad desafía y hace peligrar todo lo que es falso, hipócrita, innecesario y trivial en la vida que ellos mismos se han forzado a vivir. Le temen a los dragones porque le temen a la libertad" (Le Guin, 1992, p. 40).

Lo que no queda del todo claro en el ensayo de Le Guin es cómo hacen la fantasía y la ciencia ficción (sumemos su género hermano a esta reflexión) para amenazar nuestra cotidianeidad. Después de todo, los dragones y extraterrestres solo existen en nuestra imaginación. ¿O no?

En los mejores exponentes de estos géneros, la magia, viajes interestelares y dioses primigenios son meras herramientas para narrar historias que cuestionan la naturaleza humana y nuestro lugar en el universo. Nos enfrentan a posibilidades pavorosas, como criaturas más inteligentes y poderosas que nosotros, fuerzas cósmicas incontrolables o la idea de que solo somos una máquina biológica que cree ser libre.

El mundo de principios del siglo XXI parece pequeño. Una vuelta al mundo ya no tarda años u 80 días, sino horas. La comunicación es casi instantánea, muchas enfermedades están controladas y la naturaleza, que a nuestros antepasados les parecía indomable, ahora está confinada a parques bien delimitados. Hemos adaptado todo el planeta a nuestras delirantes ideas de progreso.

Por supuesto, esto es solo una ilusión. Basta un terremoto, una erupción volcánica o un incendio masivo para que la Tierra nos recuerde su poder y resurjan nuestros miedos primordiales. Pero el falso realismo de las noticias y la publicidad nos presenta los desastres como episodios aislados en medio del trabajo y el paseo por el centro comercial. Tenemos la certeza de que nuestra civilización es eterna y nuestro estilo de vida no cambiará jamás.

En la literatura de fantasía y ciencia ficción, en cambio, la amenaza a lo cotidiano está siempre presente: ya sea bajo la forma de una inteligencia artificial, de desastres nucleares, de dragones y seres divinos, de magia negra que anula la voluntad y corrompe los cuerpos. Al igual que los mitos y leyendas de la antigüedad, las metáforas de la ficción especulativa nos recuerdan que los humanos somos criaturas insignificantes que creemos saber mucho, que creemos tener todo bajo control, cuando apenas hemos rasguñado la cáscara de la realidad.

¿Qué pasará si el cambio climático se descontrola, como plantea Octavia Butler en *Parábola del sembrador*? ¿Cuál es el costo de derrocar una tiranía que ha prosperado por generaciones, como ocurre en la *Trilogía de la sucesión* de N. K. Jemisin? ¿Qué es el género y cómo define nuestra sociedad?, se pregunta Le Guin en *La mano izquierda de la oscuridad*. ¿Es justificable que el progreso se asiente sobre la explotación de seres vivos? -se cuestiona Robin Hobb en la trilogía de *Las leyes del mar*. ¿Podríamos enfrentarnos o siquiera entender a entidades radicalmente distintas a los seres humanos, como los primigenios de Lovecraft o el océano viviente imaginado por Stanisław Lem en *Solaris*?

En los mejores exponentes de estos géneros, la magia, viajes interestelares y dioses primigenios son meras herramientas para narrar historias que cuestionan la naturaleza humana y nuestro lugar en el universo.

Estos mundos posibles no viven solo en nuestra imaginación: son un reflejo de nuestras dudas, nuestros miedos y esperanzas. Nos recuerdan nuestra ignorancia y fragilidad, pero, sobre todo, nos recuerdan que a veces es más importante una pregunta que una certeza. Y esto es especialmente valioso en un mundo azotado por una pandemia, una crisis sociopolítica que no puede resolverse apelando solo a la experiencia y un desastre climático que nadie quiere enfrentar, es decir, en un mundo que parece sacado de una novela de ficción especulativa.

Referencias

Álamos, M. (2019, noviembre 16). «Historia, política y espiritualidad: las temáticas de los libros más comprados en Chile en el último mes». *Emol.cl*.

Le Guin, U. K. (1992). *The language of the night: Essays on fantasy and science fiction*. Harper Collins.

T13. (2020, mayo 13). «¿Qué leen los chilenos en cuarentena? Revisa este ránking con los 10 libros más vendidos». *T13.cl*.

Velásquez, F. (2019, marzo 2). Manifiesto de José Ramón Valente, ministro de Economía: «La gente piensa que soy cuico y no es así». *La Tercera*.

Deporte pandémico

Una tarde, dentro del skateparke, se encontraban tres amigos compitiendo sobre ruedas.

Sonrisa en crisis

En algún mall de Chile, se encontraba Sofía, revisando las fotografías que había logrado capturar.

Impresionada con los profundos cambios que nos ha traído la pandemia, observa los rostros de las personas, irreconocibles.

Claudia Andrade Ecchio

La otra

Un desgarrador relato sobre una mujer fragmentada y atrapada en su concepción de sí misma.

Perdona. No. Puta, sé que la cagué, pero lo hice sin querer, en serio. Perdona, ¿ya? No. Si tampoco fue pa tanto. Te juro por mi mamita que… Se detiene. Hasta su boca sabe que no puede. Que no debe. Que con ella no. La micro frena de golpe. Él quiere hacerse el lindo, sujetándome, pero no lo dejo. Allá tú, me aparta. Pero después no andís diciendo que te trato como el culo, porque pa hablar mal sí que tenís boca. Giro los ojos en dirección contraria. ¿Me vai a perdonar?, insiste. No.

Soy una fisura en la tierra yerma. ¿Una qué?, me dijo la profe cuando le pregunté cómo se le llamaba a eso. No le entendí. Una grieta, especifiqué. Ella bajó la vista hacia mis manos, mientras separaba los índices para mostrarle. Algo así, mire. Una abertura chiquita. De esas donde hubo agua y ahora no. Quebrada, me respondió. Quebrada, repetí. “Una abertura estrecha y áspera entre las montañas por donde puede escurrir un arroyo”, me suelta desde su terminología geográfica, esa que la hace sentirse tan segura de sí misma ante nosotres. Gracias, profe. Su sonrisa se gira hacia una compañera, abandonándome. Soy una quebrada. Elocuente e inefable. Desde entonces, me siento irremediablemente rota.

Ya po. Si te traje hasta un regalo pa agüenarnos. No. ¿Pa qué te hacís la difícil? Mis dientes rechinan en señal de protesta y el llanto se queda atrapado en mi garganta. Ni siquiera se te nota, la suelta. Y en cuanto la tira, se arrepiente. Con eso tampoco, le insinúo, con la mirada oblicua sobre él. Me esquiva. Su mamita y la evidencia lo superan. O eso quiere que crea. Hace un chasquido sonoro, de esos que sabe me sacan de quicio. Y antes de borrarse en su celular, me murmura con malicia: la otra me gusta más.

La otra es un conjuro. Un lugar sin retorno. A veces quisiera desaparecerla. Pero ahí está, imperecedera. No es una quebrada como yo. La otra es un istmo.

“Franja alargada y estrecha que une dos continentes”, escucho la voz de la profe. Pretérita y premonitoria. Me gustaría estudiar geografía solo para usar todas esas expresiones que hablan de los cuerpos y sus distancias. Me ayudaría a definir mejor a las personas. Él, por ejemplo, se siente isla. Su mamita y la otra son parte de su archipiélago. Yo, en cambio, soy esa napa subterránea que escurre y erosiona su fértil superficie. Su isla se ve linda por encima, porque me prefiere falla y no río.

La Mari dice que falta copete. Ya. Nos bajamos antes, donde el Ibarra, pa que nos compre. Como querái. Cambia el tonito, ¿querí? ¿Por qué? Porque así no po. La idea es pasarla bien. Te advertí que no tenía ganas. Me iban a preguntar mucha wea si no veníai. ¿Y no te importa que me vean así? Te lo tapai, po. De seguro tenís algo en tu bolso para camuflar. No quiero. Allá tú. Nadie te va a creer igual. Soy el buenito y vos la culiá. No me hablís así. Te hablo como me dé la gana, weona, y tápate de una vez esa wea. No. Y vái a seguir. Por eso me gusta la otra, ¿sabís? No es una amargá como tú.

Y ahí está. El istmo. Un maremoto lo arrasa y sigue incólume. La otra es una ausencia presente. Una instantánea de risa forzada. No me extraña que la prefiera. La otra es lagunita de agua dulce, no mar. Es arenita de playa, no desierto. Mientras las calles pasan como borrones, y él sigue sumergido en su isla, me imagino torrente y no quebrada. La boca se me llena de palabras geográficas, que quieren salir y deslizarse entre la gente abarrotada. Elijo aluvión. “Masa de materiales que se desprende, violenta y súbita, por las quebradas”. No es la voz de la profe, sino la mía. Perdurable y efímera. Y mientras su celular bipea histérico, me muerdo los labios para que el aluvión no salga desbocado.

Pero si te preguntan… ya sabís. Su amenaza velada es un nuevo moretón. No sé yo. Se hace el que no me escucha y sigue. Fue el perro, eso vái a decir. Se te tiró encima a babosearte, te botó al piso y te dejó marcá. No. ¿Cómo que no? No po. Ya te dije que no pienso mentir por vóh. Su cara desencajada me asusta. El aluvión de noes se me atraganta. Él se da cuenta y parece satisfecho. Eso vái a decir, ¿cierto? ¿Cierto? ¿CIERTO? Digo que sí con la cabeza. ¡Tu manía de llevarme la contra! Tanto que te cuesta ser la otra, a veces.

Regresa a lo suyo y estoy segura de que la pantalla refleja su satisfacción. La micro avanza, pero yo me quedo atrás. La cara vuelta hacia afuera y pegada al vidrio. La mansedumbre de la otra me angustia. Ella es tierra fértil para los golpes. Su boquita de laguna no deja escurrir un solo quejido y su cuerpito de playa resiste los embates de las olas. Esta mañana, la otra se quedó callada y tiesa, mientras le tironeaba el pelo, la acorralaba contra la pared, le daba la cachetada en la oreja y le susurraba: un día te voy a matar, culiá.

Chasquea los dedos en mi cara. La parada, me indica. Atina po, weona. Se guarda el celular, hunde sus dedos gruesos en mi brazo desnudo y deja una nueva marca. Me arrastra hasta la puerta, toca el timbre y empieza con la cantinela. Fue el perro que se pasó de cariñoso el que te dejó así, ¿ya? La otra no responde. Yo, tampoco. Fue el perro, insiste. Las dos en férreo silencio. Así me gustái más, ¿sabís? Linda y calladita. Y solo pa mí, se pavonea y me chanta un beso en la mejilla.

La micro se detiene, abre sus puertas, él se baja y yo me planto. Me suelto de un tirón, golpeando su mano contra los fierros, y me aferro a lo que pillo para no caer. Su rostro entero es una amenaza. La otra tiembla, pero yo no. Ya te dije, le grito. Y la gente nos mira, a mí y a la otra. También a él. No. No. Y mil veces no.

Soy quebrada, horadada y yerma, por donde baja el aluvión. Soy torrente que destruye islas y desarma archipiélagos. Soy ese maremoto, inefable, premonitorio y efímero, que rompe istmos y separa continentes.

La otra es un conjuro. Un lugar sin retorno. A veces quisiera desaparecerla. Pero ahí está, imperecedera. No es una quebrada como yo. La otra es un istmo.

Él me mira, desconcertado. Las puertas se cierran, la micro parte y es él quien se queda atrás. La otra tiembla y yo la consuelo. La otra intenta bajarse en la siguiente parada y yo la retengo. La otra llora, porque tiene miedo, y yo la cobijo, tratando de permanecer en pie. No te angusties, le murmuro. Ya va a pasar. Y si se atreve y viene a buscarnos, ya sabemos. ¿Qué cosa?, me pregunta, esperanzada. Cierro los ojos, respiro hondo y suelto el aire a voluntad.

Soy quebrada, violencia estrepitosa.
No yerma, no falla, no napa.

Soy la fisura por donde cae el aluvión.

Pamela Rojas

Estación Libertad

Una ordinaria chica y el viaje en metro que la llevaría a conocer un mundo fantástico.

Abro los ojos de golpe cuando en el parlante se anuncia: “Próxima detención: Estación Libertad”. Me quedé dormida. Me pregunto si me he pasado de mi destino o si aún faltan un par de estaciones. Caigo en cuenta de que nunca he escuchado ese nombre dentro del Metro. ¿Cuál es la Estación Libertad? Me acomodo en mi asiento y noto que no hay personas a mi alrededor. Creo que debo estar llegando al final de la línea, aunque podría asegurar que la última estación es Plaza de Maipú. No suelo tomar esta línea, no estoy segura.

El tren se detiene y espero. No parte. Me bajo en búsqueda de un panel con información o algún mapa, pero no hay. Tampoco hay a quién consultar, así que espero el siguiente tren en el andén. Pasan quince, treinta minutos y no ocurre nada. Decido probar suerte en el exterior, a ver si pasa una micro que pueda llevarme a mi destino.

Subo las escaleras sin tropezar con otros pasajeros. No hay guardias o asistentes de andenes, ni siquiera una máquina de bebidas. La escalera mecánica me saca de la estación y pareciera que, en vez de salir a la superficie, he llegado hacia el centro de la tierra. El mundo es una gran caverna y la misma estación está construida en roca y una fuente de lava decora la entrada.

Camino por uno de los senderos. Desde allí escucho el ajetreo de un mercado. El sonido provoca mi curiosidad, pero una voz me detiene:

-Tú no eres de este lugar.

Me volteo y veo a una criatura de apariencia casi tan humana como la mía. Silueta femenina, su piel es de un tono rojizo y su pelo verde sujeto en una coleta. La combinación me recuerda a la pátina que se forma sobre los objetos de cobre. Sus ojos parecen dos zafiros. Aprieto los míos y parpadeo un par de veces, la muchacha sigue allí.

-¿Cómo llegaste hasta aquí? -pregunta.
-Tomé el metro.
-Se dice que esta construcción está conectada con la superficie. La leyenda es cierta, entonces. ¿Eres digna de conocer los misterios de la Tierra?
-¿Leyenda? No sé de qué hablas ¿Qué eres tú?
- Soy una apu, somos seres de la tierra. Vivimos cobijados en ella, bajo las montañas y ríos. Los humanos no son bienvenidos.

Retrocedo con temor, dispuesta a correr y devolverme por donde llegué.

-Espera, no te vayas todavía. Se dice que los humanos son destructores por naturaleza, pero tú lograste llegar a nuestro mundo y salir de la estación. ¿Eres digna, acaso? ¿Cómo te llamas? Soy Killari, no quiero hacerte daño.

Me debato entre salir corriendo y responderle. Suspiro y le sonrío, mientras le tiendo la mano.

-Soy Camila. Un gusto.

La criatura toma mi mano. Se siente suave y dura como una superficie de mármol. Nos apretamos con fuerza. Tira de mi brazo y me lleva con ella. Mientras caminamos, dice que aquí se esconde la magia de los originarios. Coge una piedra del suelo y la moldea como si fuera plasticina, dándole la forma de un ave. La lanza al aire y, para mi sorpresa, el ave vuela a mi alrededor. Cuando intento tomarla, la piedra se deshace en mi mano, dejando una semilla. Decepcionada, miro a Killari que ríe, hasta que la semilla brota sobre mi palma: primero las raíces, luego el primer par de hojas y así hasta que crece una flor. La engancha a mi pelo.

-Dicen que ustedes no pueden manejar la magia de la naturaleza.
-Hasta ahora no sabía que existía. ¿Cómo funciona?
-No lo sé. Para mí es como respirar -me responde Killari-. ¿Qué puedes hacer tú?

Pienso y pienso, pero no logro encontrar nada en mí ni en mi especie que sea digno de destacar. Solo veo sangre en el río, sangre en la tierra.

-No hay nada.
-Olvidaron su conexión con la tierra. Marchitan todo lo que tocan. El agua ya no es pura, los animales mueren. Todo lo destruyen, incluso a ustedes mismos. Se mutilan, se maltratan.

Sus últimas palabras me aturden. Los humanos traicionaron a la magia, dice. Pero, a veces, algunas almas, las que albergan la esperanza y pueden sembrarla, son atraídas a la libertad. Entonces caigo en cuenta que Killari me lleva de regreso a la estación. No deseo irme. Apenas he visto una fracción del lugar, pero quiero saber más de su gente, quiero recobrar mi conexión.

-¡Enséñame! -le ruego- Por favor. Dime qué tengo que hacer para quedarme.

No hay guardias o asistentes de andenes, ni siquiera una máquina de bebidas. La escalera mecánica me saca de la estación y pareciera que, en vez de salir a la superficie, he llegado hacia el centro de la tierra.

Ella me mira con una sonrisa en sus labios. Toma mi mano y bajamos cada uno de los pisos hacia el andén y la luz del tren ilumina el túnel hasta detenerse frente a nosotras. Las puertas se abren. Yo no quiero irme, no puedo ahora que sé de su existencia. Me resisto.

-Vuelve el primer día de la primavera. Solo entonces sabremos qué tan persistente es tu corazón y si resistirá ser reconectado a la magia. Esa será tu primera prueba. La segunda, -saca una piedra negra de su bolsillo, le da la forma de un perro y me la entrega-, es que le des vida a este animal de piedra.

Me da un leve beso en los labios y un suave empujón, que me hace dar un paso hacia atrás, al interior del vagón. Suena la alerta del cierre de puertas. No alcanzo a protestar. Me deja allí sin explicarme cómo hacerlo, y lloro cuando el tren se pone en movimiento.

El viento clásico de septiembre enreda mis cabellos mientras me adentro a la estación del metro. Pago mi pasaje y, ya sobre el tren, no puedo dejar de estar nerviosa. Temo que se me niegue la entrada, que Killari me haya olvidado. Aun así me duermo y tal como aquella vez, la voz del altoparlante me despierta: “Próxima detención: Estación Libertad”. Mi bolsillo ladra y se mueve, inquieto.

-Tranquilo, Negrito -le digo-. Ya estamos en casa.

Catalina Hernández

Funa

¿Cómo nace Funa? ¿Qué transformaciones ha tenido en el tiempo? Este relato muestra una personificación del fenómeno que permite comprender su existencia, motivos, consecuencias y auge en el último tiempo.

01 octubre de 1999, Santiago de Chile

Al abrir mis ojos, me sentía fatigado. Por primera vez, había hecho un viaje así de largo desde que nací, nunca me habían invocado para cruzar la Cordillera de los Andes, al oeste de la frontera.

De pronto desperté y sentí olor a cloroformo. Observé un instante a mi alrededor; había un cartel que tenía escrita la palabra “Urgencias”. Estaba dentro de un hospital. Más a mi derecha, encontré una pelirroja de pie junto a un mostrador. Portaba una cofia en su cabellera y vestía un traje blanco que caía hasta sus tobillos. Me acerqué lentamente, podía percibir cierto nerviosismo por parte de ella. Sus manos, que se movían de un lado a otro, en tramos cortos y con rapidez, sostenían unos panfletos.

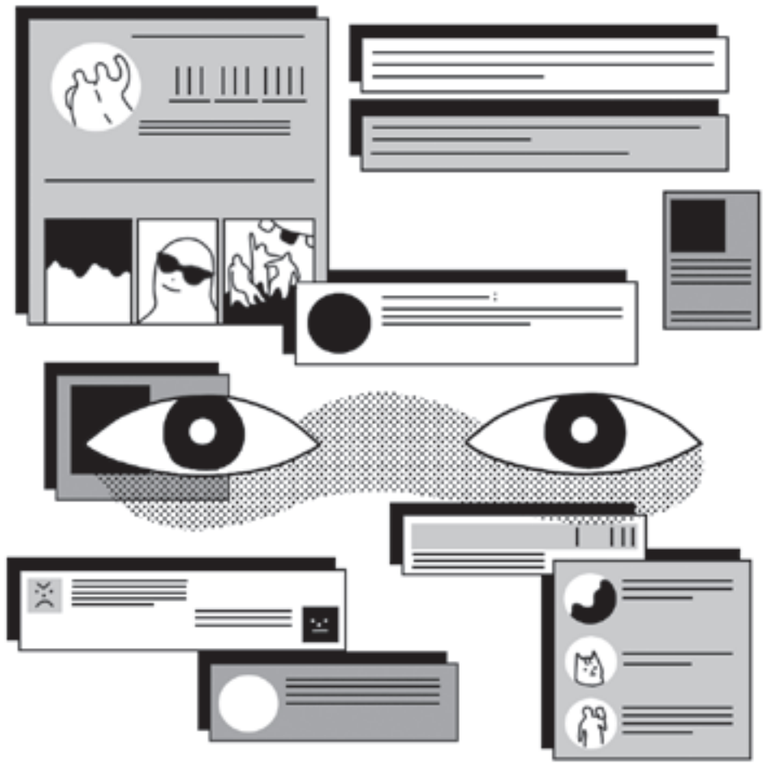
- ¡Isabel! -exclamó alguien y la mujer se volteó- El doctor Forero ya lo sabe y lo han citado a una audiencia.

Fue en ese momento que supe el nombre de mi próxima víctima.

Recibí un estímulo que me hizo girar el cuerpo precipitadamente hacia el ventanal continuo que se anteponía magno ante nosotros. Sentí aproximarse una oleada de odio y rencor... Era mi señal para hacer el acto principal.

Traspasé el vidrio para divisar de mejor manera a los grupos de personas que se acumulaban en el frontis del hospital privado. Estaban alardeando cánticos al ritmo de los tambores, con carteles, pancartas y guitarras. Un grupo a mi izquierda entregaba panfletos, iguales al que Isabel tenía en sus manos. El papel contenía información relacionada con el doctor Forero: “Ex agente de la Central Nacional de Informaciones (CNI), acusado de facilitar herramientas químicas para su administración en prisioneros políticos, durante su tortura y posterior desaparición”.

Intervengo, abriéndome paso hacia mi público, expectante por ver qué pasaba. Y como el director de una orquesta, realizo el movimiento final, desato la euforia para que todos terminen gritando: “¡Si no hay justicia, hay Funa!”. Las comisuras de mis labios se extienden hacia arriba, formando una sonrisa.



En Chile me llaman Funa, la palabra proviene del mapudungún y significa “podrido”. Ahora, mi nombre se utiliza para hacer una acusación pública a una persona o grupo que ha cometido un acto que se considera ilegal o injusto. Mi ardua confrontación con Justicia es reconocida por todos. Ella se queja sobre la escasa información formal que presento, cuestionando mi legitimidad y legalidad. Yo acuso la inacción y mala calidad de su trabajo, que al parecer se toma a la ligera. Por eso existo, para intentar hacer la labor que ella no logra cumplir.

Si tuviera que salir en una propaganda de televisión para convencerlos de que soy la mejor opción, usaría un traje de terciopelo de un millón de dólares, con mi gran sonrisa, esa que tanto le gusta al público. Me convertiría en un individuo de negocios: “¡Vote por su opción número 1, la Funa!”. Los tendría a todos ustedes en el bolsillo.

Gracias a internet, mi masiva llegada con la gente ha provocado bastantes experiencias, historias de personas que funan desde ex parejas infieles, pasando por acreedores morosos, hasta situaciones de violencia. Visto, encorazonado, altamente comentado y compartido. Mi reasignación de deberes me hacen parte de un material virtual. Me gusta la atención, no se confundan, pero me hace pensar que el verdadero fenómeno son ustedes. Tanto descontento naturalizado en la sociedad, sobre todo en la juventud. De ellos nacieron mis primeras llamadas por este medio de comunicación.

Mis funistas. El sistema los criminaliza, minimiza sus vivencias, los acusa de causar alteraciones al orden público. El sistema no sabe que soy una expresión propia de la sociedad, de una que no es indiferente con lo que lo rodea, que tiene algo que decir.

A pesar de mi experiencia en redes sociales, el feminismo me tomó por sorpresa. Las denuncias de violencia y el acoso ejercido contra la mujer se viralizaron tomando relevancia. Se creó una especie de empoderamiento a través de la empatía, gracias a la condena moral.

01 octubre de 2020, Santiago de Chile

Me encuentro junto a Ximena, una de las tantas funistas actuales. Publicó en Instagram hace cinco minutos fotografías de moretones y heridas, que forman parte del material para evidenciar un maltrato físico y psicológico vivido durante su último pololeo. Su respiración es irregular, lo noto en su pecho que sube y baja exasperadamente. Aquella reacción de su cuerpo es el motor para mi trabajo. Me hundo en la pantalla de su *notebook* y buceo en el mundo cibernético para iniciar interacciones entre usuarios. La aceptación y difusión es instantánea. Millones de desconocidos comentan la publicación a favor y en contra. Con los objetos tecnológicos me es difícil obtener un completo control sobre las personas, ya que la información se masifica y no solo llega a las que simpatizan conmigo.

Me gusta la atención, no se confundan, pero me hace pensar que el verdadero fenómeno son ustedes.

Las horas pasan y Javier, el protagonista de tal alboroto en redes sociales, se encuentra enterado de la situación.

No logro ver físicamente a las personas, solo reconozco las fotografías de sus perfiles. Podría volver con Ximena, pero me quedo aquí, en la interfaz. Reflexionando.

Al visualizar palabras motivadoras en los comentarios ya no sé lo que es mentira o verdad. Solo queda en eso, palabras. No existe la misma relación de complicidad que producían anteriormente las juntas presenciales, que servían como un apoyo a los afectados. ¿Cuándo cambió todo? ¿Tiene esto sentido? Justicia, ¿estás ahí? Ya no quiero pelear, quiero dejar de existir. Ximena estaba con ansiedad antes de hacer esto y no me quiero imaginar como está ahora con las críticas que le han llegado. ¡Detesto esta nueva realidad virtual!

Nunca debieron crearme. Soy una mala consecuencia de los errores del sistema que los rige.

Recomendaciones para el Apocalipsis

La ficción siempre ha sido un elemento esencial en nuestras vidas: una ventana hacia otros mundos, un refugio de la cotidianeidad, un prisma para observar nuestra realidad. En tiempos de cuarentena, la ficción multimedia ha sido nuestra mayor fuente de entretenimiento, por lo que se ha hecho más evidente su importancia. ¿Cómo habríamos sobrevivido tantos meses de encierro sin televisión, sin música, sin libros? Hoy más que nunca tienen un lugar especial en nuestras vidas, por esta razón, como revista quisimos darle un espacio a aquellas ficciones que nos han acompañado durante la pandemia.
Les preguntamos a diferentes personalidades chilenas acerca del contenido que han consumido durante la pandemia.

Recomiéndales a nuestros lectores...

Alejandra Costamagna

Un libro: *Debimos ser felices*, de Rafaela Lahore.
Una película: *Los reyes*, de Bettina Perut e Iván Osnovikoff.
Una serie: *Years and Years*, de Russell T. Davies.
Un disco/canción/artista: *Éramos todos felices*, de Teleradio Donoso.
Un cómic: *Los años de Allende*, de Carlos Reyes y Rodrigo Elgueta.
Un videojuego: ups, paso.

Álvaro Matus

Un libro: *El motín de la naturaleza*, de Philipp Blom.
Una película: *Sin amor*, de Andrei Zvyagintsev.
Una serie: *The Virtues*.
Un disco/canción/artista: *Sinfonía nº 29&38* de Mozart, interpretada por la Filarmónica de Berlín, dirigida por Herbert von Karajan.

Bernardita Eltit

Con un niño de tres años y otro de uno y medio en casa... mis recomendaciones son: ¡infantiles!

Un libro: no puedo sólo uno: *El día que los crayones renunciaron*; *El día que los crayones regresaron a casa*; *Lili, la liebre ladrona de libros*; *El Grúfalo*; *León de Biblioteca*; *La ovejita que vino a cenar*, *La ballena*.
Una película: definitivamente *Pachamama*.
Una serie: *StoryBots*, ¡sin duda!
Un disco/canción/artista: 4 bandas: Epewtufe, Banda Porota, Canticuénticos, Dúo Karma.
Podcast: *Puro cuento* de Radio Duna.

Cecilia García-Huidobro

Un libro: *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe.
Una película: *Los Reyes*.
Una serie: *After life* (Netflix).
Un disco/canción/: las mejores áreas de Verdi.
Un cómic: los diarios de Maliki.

Lilí Saavedra

Un libro: *Cáscara de nuez*, de Ian McEwan.
Una película: *Blow up*.
Una serie: *Yo, Claudio*.
Un disco/canción/artista: *Microcanciones*, de La Mena.
Un videojuego: *game over* jajaja no juego
Un cómic: revista *Brígida*.

Fernando Castillo (no estoy creici)

Un libro: les recomendaría una lectura amable, tipo *El descubrimiento del perro a medianoche* de Mark Haddon.
Una película: mi favorita es *Azul* de Kieślowski, la recomiendo, la encuentro como muy sensible y profunda.
Una serie: Me gustó mucho la primera temporada de *True detective*, es como una gran serie (la primera temporada).
Un disco: el último EP *Computadora* de Feli Mirez, especial la canción Canción sola, que habla de esto que enfrentamos los gay cuando la familia nos rechaza, esa soledad, enfrentarse a la ciudad, buscar amoríos y qué se yo.
Un videojuego: Pucha, no juego videojuegos. Jugué como los *Sims* y Lara Croft, a *Tomb Raider*, digo, porque siempre fémina. Además yo me pego mucho con los videojuegos, así que los evito un poco. Me embalo demasiado.
Un cómic: yo recomendaría leer *Persépolis*, lo encontré hermoso, me emocionó hasta las lágrimas cuando lo leí.

Ricardo Martínez

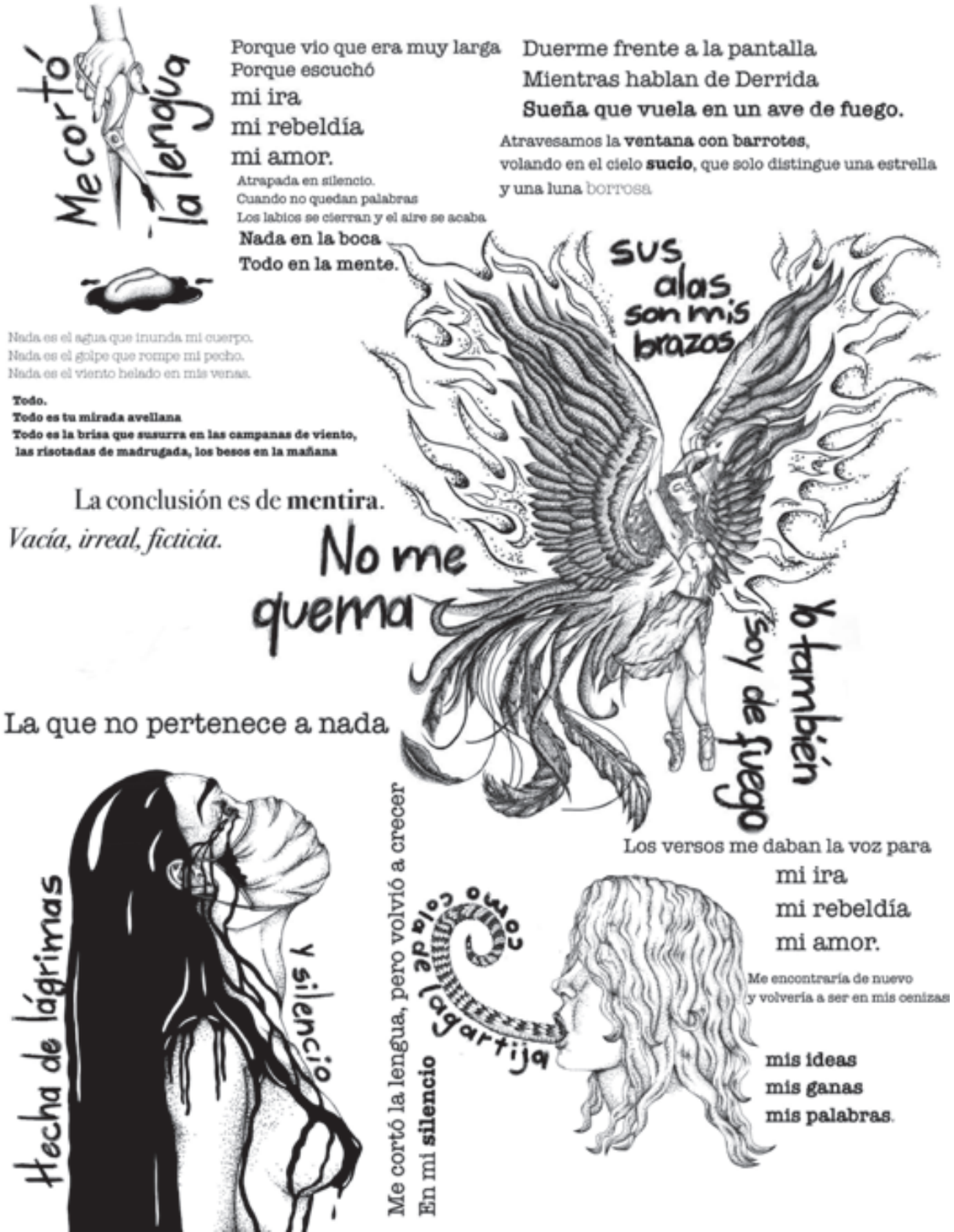
Un libro: *Estudiando obras literarias con herramientas de Procesamiento de Lenguaje Natural* (Romain Olivier, Tesis de Ingeniería Civil Matemática de la Universidad de Chile, 2017). Un paseo estupendo por el análisis computacional de la literatura que se mete con todos los problemas de esta área desde el *Big Data*, el *Machine Learning* y el *Deep Learning*.
Una película: *Red Social* (David Fincher, 2010), quizá la película que inauguró la idea de que la ciencia ficción y las obras realistas son hoy día lo mismo, una línea que siguen personas como Li Colanzi o Edmundo Paz Soldán o Mariana Enríquez.
Una serie: Dos: *Sex Education*, la serie que proyecta los logros de *Freaks & Geeks* al mundo del 2020, y *The Floor is Lava*, la joya de la corona de la comfort TV.
Un disco/canción/artista: Kirsty McColl, la voz secreta de mujer tras Billy Bragg o The Smiths y cimiento básico del New Wave inglés de finales de los setenta, inicios de los ochenta; este diciembre se van a cumplir veinte años de su desaparición.
Un videojuego: *Fortnite*, en especial por haber hecho los primeros recitales en vivo a distancia en un videojuego, y porque ha acompañado a mi hijo Pelayo en la pandemia.
Un cómic: *Mafalda*.

Sebastián Castro

Un libro: *Conspiraciones* de John Michael Greer, un *greatest hits* de los grandes intentos de organizaciones, leyendas y folclor que resulta ideal para formarse la idea de las nuevas teorías que nacen desde el coronavirus; en esa tierra fecunda donde todo es verdad y mentira al mismo tiempo.
Una película: la película para la cuarentena nos habla de injusticias y violencia policial: *El juicio de los 7 de Chicago* de Aaron Sorkin eleva el dilema del contrato social entre el pueblo y aquell@s que juraron protegerlo. Un guión perfecto y un casting lleno de actuaciones impecables, lo convierten en el mejor largometraje que he visto salir de Netflix.
Una serie: la Serie de Cuarentena la tengo clara: *This is Us*, en Amazon Prime Video. Una construcción emocional de personajes como no había visto anteriormente, que destapa sentimientos y recuerdos en cualquier espectador.
Un disco/canción/artista: en estos tiempos de desorden para mí es IU, la mejor baladista coreana, que en su disco *Palette* del 2017 encuentra espacio para componer algunos de los temas más dulces y relajantes del último tiempo, como *Through the Night*. Las letras son alucinantes y comprueban, de una vez y para siempre, que la melodía supera cualquier tipo de lenguaje.
Un cómic: *Gideon Falls*, por Jeff Lemire y Andrea Sorrentino, una reestructuración de la historieta de terror que sorprende con críticas a lo que creemos y damos por concreto, dejando al descubierto el verdadero orden tras el telón. Una obra maestra que seguirá dando que hablar.
Un videojuego: *Animal Crossing* de Nintendo Switch, un escape paradisíaco a las noticias incesantes del 2020, que entrega pasajes a una isla abandonada donde todo lo que necesitas es paciencia y buenos amigos. Esencial para sobrevivir este año.

Valeria Gómez

Sin lengua



Concurso literario Revista Grifo 2020

Cada año, el concurso literario de la revista *Grifo* es realizado por los estudiantes de Literatura Creativa de la Universidad Diego Portales. En esta ocasión, quisimos atender la contingencia mundial y decidimos que la temática del concurso sería la vida en internet. Valoramos la participación de todos nuestros concursantes, y también agradecemos especialmente a los jueces de este año: Daniel Hidalgo, Marcelo Mellado y Walter Koza, en narrativa; y Diego Alegría, Miguel Naranjo y Victoria Ramírez, en poesía. Destacamos que este concurso no sería posible sin el apoyo de las editoriales La Pollera y Los Libros de la Mujer Rota. A continuación publicaremos los textos premiados en su versión original.

Textos Ganadores

Narrativa:

1er lugar: **Kyra Stegman** *Pervivencia virtual*
2do lugar: **Carlos Acevedo** *Trascender*
3er lugar: **Fernanda Cerda** *La conexión*

Poesía:

1er lugar: **Juan Celis** *Algoritmos*
2do lugar: **Damián Guayara** *Non Credo*
3er lugar: **Gonzalo Robles** *Historias*

Narrativa

Kyra Stegman

Pervivencia virtual

Hace tiempo que ya nada le envolvía tanto como eso, ni siquiera los varios libros que había comenzado y abandonado invariablemente a la merced del polvo sobre el mesón de la esquina. Con el tiempo, el encierro y la asfixiante sensación de aburrimiento le habían empujado suavemente hasta el mundo de los juegos online.

Desde entonces diariamente se arrellana en la cama de su pieza de tres por tres, refugiado en la penumbra que le ofrecen las cortinas a medio correr, con comida y bebida a la mano, el gato persa de color gris acurrucado a sus pies y la puerta herméticamente cerrada.

Aquella tarde el buscador de internet le dirige rápidamente al juego que la noche anterior se ha dejado por la mejor parte. La combinación de las voces de sus amigos que le saludan y la música tétrica le ponen los nervios de punta, es pura expectación. Le encanta, por más que lo intenta no puede creer lo buenas que son las gráficas, tan espantosa e increíblemente real. Ser un agente, un espía, estar afuera a pesar de estar desgraciadamente confinado.

No hay tiempo que perder, tienen una misión que cumplir, un hombre por matar. No se lo piensa dos veces, presiona la tecla y su avatar patea la puerta color acre de la casita amarillenta, haciéndola saltar por los goznes. Escucha las voces excitadas de sus amigos y ve a sus avatares correr, golpear y buscar dentro de la casa. Nadie titubea, les llega el rumor apagado de balazos lejanos desde la calle. Discuten, se dividen en dos grupos. Algunos defienden, a él le toca buscar, tienen que encontrar y matar al hombre antes de que les maten a ellos.

Alguien llama la atención sobre una puerta cerrada al final del pasillo. Se acerca caminando despacio, sus botas apenas si emiten algún ruido sordo al pisar la serie de roídas alfombras que cubren el suelo del lúgubre pasillo que se le hace tan familiar. Va a la cabeza del grupo, al llegar a la puerta suelta todo el aire que ha estado conteniendo sin darse cuenta y con un click rápido cambia el fusil por el hacha.

Gira el pomo con sigilo y lentamente se introduce en oscura la habitación con el hacha levantada sobre la cabeza. Lo ve y descarga sin dudar el hacha sobre el pecho palpitante.

Queda la penumbra interrumpida solo por la luz artificial de una pantalla, latas de bebida desperdigadas por el piso, un gato persa de color gris durmiendo, el cuerpo de un joven que jugaba en internet arrellanado en una cama.

Game over.

Poesía

Juan Celis

algoritmos

información que se desborda
en los ojos
de un planeta instantáneo
amordazado

por interconexiones
de redes
que transmiten
su evidente decadencia

exceso de vitrinas
al alcance de una palma

naufragar entre pixeles
con retinas que agonizan
sumergirme
en el cosmos artificial
de circuitos perspicaces
entregarme a las astucias
de maniobrados filtros

abandonar el tacto
bajar la vista

sonreír a una pantalla

"El mar resonará en mis oídos.

Los pétalos blancos
se oscurecerán con
agua de mar.

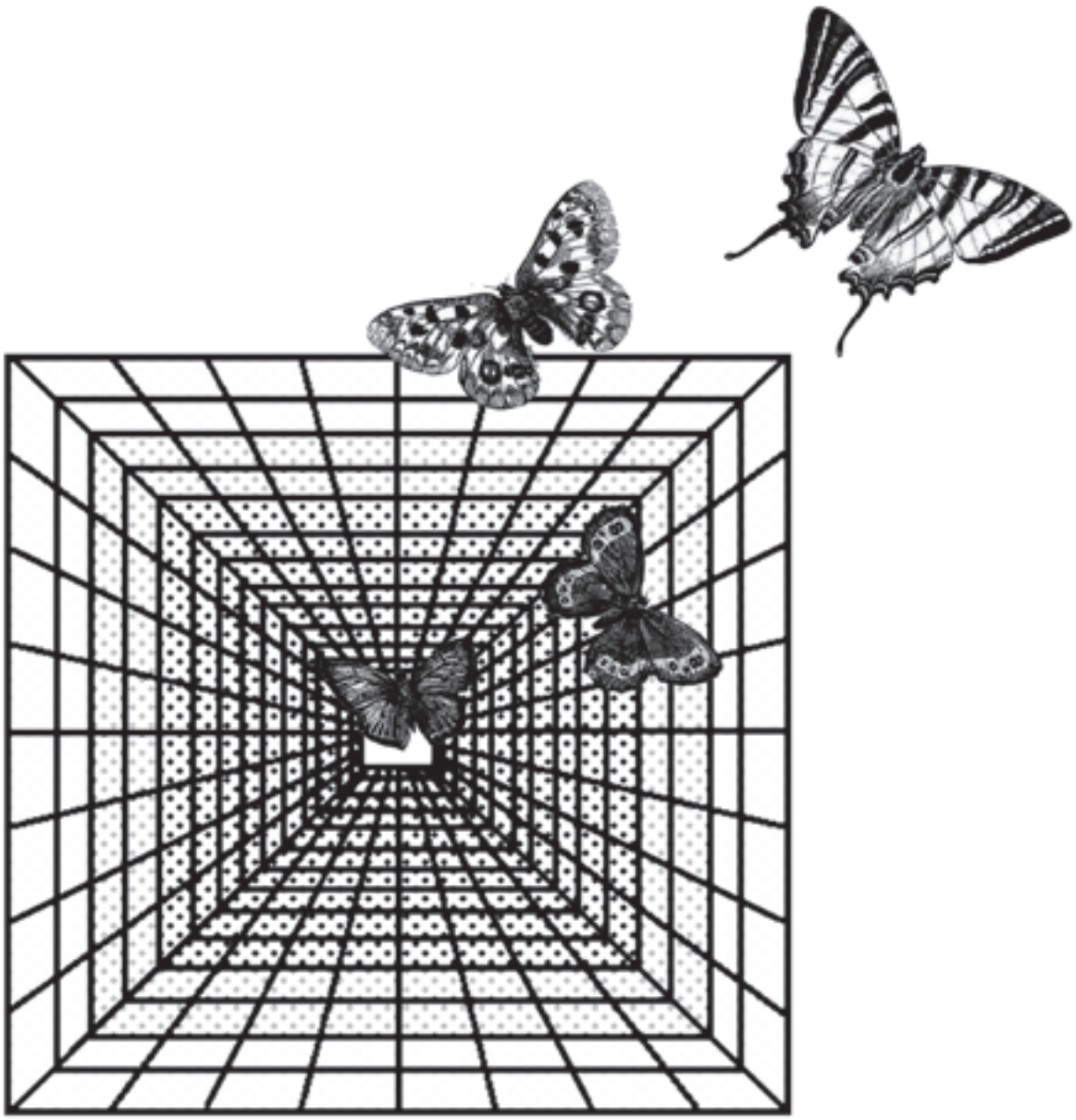
Flotarán por un momento y
luego se hundirán.

Llevándome sobre las
olas me echaré encima".

Las olas, Virgina Woolf

TENEMOS TIENDA ONLINE

Visita ***loslibrosdelamujerrota.com*** y tendrás tus libros con despacho a domicilio.



Grifo

udp